

Cilia se arrancó la crespina de un tirón y siguió corriendo. Huyendo de los gritos cada vez más cercanos que repetían: —Bruja, bruja. ¡A la hoguera con ella!

Cuánto más se internaba en el bosque, este era más oscuro y espeso. Las ramas que rozaba a su paso eran como garras con uñas afiladas que la arañaban impidiendo que avanzase más deprisa. Se giró un momento sin dejar de correr, se enjuagó las lágrimas y pudo ver el resplandor de las antorchas. Tan cerca que casi alumbraban su camino hacia adelante.

—Maldita mujer y maldito pueblo. Por qué tanto odio a lo desconocido —pensó—. Les estoy ayudando.

Hacía tiempo que en el pueblo no era bien vista. Vivía sola y era autosuficiente. Muchos hombres la habían pretendido, pero no hizo caso a ninguno.

Había tenido un huerto, pero coincidiendo con el último hombre al que había rechazado, alguien había esparcido sal por todo lo que antes había sido suelo fértil. Desde entonces vivía de lo que encontraba en el bosque gracias a las enseñanzas de su abuela.

No había conocido a sus padres. A su abuela le debía todos sus conocimientos sobre plantas y remedios caseros. El pueblo sabía que tenía esta sabiduría y a escondidas la buscaban para curar personas hechizadas y con mal de ojo.

Aquel día, cuando el sol daba de baja, aquella mujer se había acercado a su casa con uno de sus hijos. El niño era muy joven y según su madre un espíritu de la cosecha no le dejaba respirar bien.

Cilia puso una olla a la lumbre con agua y cuando empezó a hervir añadió una mezcla de hojas que solo ella conocía.

—Acerca a tu hijo a la olla para que respire los vapores —le dijo Cilia y le puso una manta por encima de los hombros y la cabeza al niño.

—Cuando se te mete un espíritu de la cosecha es prácticamente el fin —dijo la mujer—. No puede casi ni andar.

Cilia asentía y daba respuestas cortas. No le apetecía hablar con aquella inculta criada con cuentos y supersticiones.

—Ahora se encontrará mejor, descuide —dijo Cilia—. Sólo un favor a cambio ¿podría darme algo de comer de su huerto? El mío está yermo y en el bosque no encuentro casi nada.

—Ya hablaremos ¿Qué tal hijo?

—Bien, madre. Puedo respirar casi bien.

—Bueno, Cilia muchas gracias. Nos vamos ya.

Pasó un largo rato y Cilia oyó unos fuertes golpes en su puerta: —Abre, bruja. Abre ya. Abrió y en la calle estaba la mujer con su marido y varios vecinos más, todos con antorchas.

—Bruja, mi hijo a empeorado. Cómo, tú qué hablas con los espíritus del bosque y de la cosecha, puedes hacerle algo así a un niño. Está amoratado y ahogándose. Bruja, más que bruja. Sal de tu casa.

Cilia quiso explicarse, pero no le dejaron. La sacaron a empujones y mientras la agarraban por los brazos, la mujer le dijo: —así aprenderás.

Y prendieron fuego a la casa mientras ella impotente sollozaba.

El fuego atrajo a más vecinos y al ayudante del señor de las tierras.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó.

—Esta mujer es una bruja y está a punto de matar a mi hijo —la mujer explicó su versión de los hechos.

—Está bien ahora que hable ella.

—Yo sólo quería ayudar y... ya no me queda nada.

—¿Admites que le hiciste respirar vapor de hierbas al niño?

—Sí y mejoró —dijo Cilia.

—A eso le llamas mejorar. Mi hijo está peor que antes —dijo la mujer.

—Eso puede pasar, déjame hacerle más baños de vapor y verás —dijo Cilia.

—Tú qué hablas con el demonio, haces que se cure momentáneamente y como no te he pagado con nada, ahora mi hijo va a morir, bruja.

—Callaos ya. Y yo os pregunto al resto ¿es una bruja o no?

—Bruja, bruja, bruja —se oyeron varias voces.

—Tengo entendido que a escondidas le ha ayudado a más de uno, pero si esto es lo que queréis... dejaremos que corra por el bosque. En lo que vamos a buscar más antorchas y a los perros, saldremos a buscarla. Si los demonios del bosque quieren ayudarla, se salvará. Si la capturamos, morirá en la hoguera. Corre, niña.

Cilia empezó a correr todavía llorando.

Seguía adentrándose en el bosque, estaba desorientada y oía el resollar de los perros justo detrás suyo. Sintió el ruido de una cascada justo delante. Ya sabía dónde estaba. Siguió hasta el borde de la cascada. Estaba desfallecida y llena de arañazos, le fallaban las fuerzas. Podía intentar cruzar el río, pero estaba segura que la fuerza del agua la arrastraría cascada abajo. Se giró para plantar cara, era su última esperanza.

—Vamos incrédulos aquí estoy para lo que me queráis hacer —dijo Cilia mientras cogía un puñado de guijarros y la emprendía con los perros que ya le habían dado alcance y la rodeaban gruñendo.

—Quietos —oyó que decía su dueño.

Poco a poco fueron llegando aldeanos con antorchas a la zona.

—Aquel que se acerque correrá la suerte de los perros —gritó Cilia.

Sintió un fuerte dolor en la cabeza y se desplomó.

—Siempre serás el mejor hondero, hijo —dijo el ayudante del señor a su chaval—.

Atadla y volvamos al pueblo.

Cilia despertó en una celda oscura, notaba la frente pegajosa donde más dolor sentía.

Los arañazos aún le picaban. La celda tenía un pequeño ventanuco que daba a la plaza del pueblo y se asomó. Vio que en el centro estaban acabando de montar una pira. Su pira.

Así iba a acabar su historia, todo su conocimiento perdido, todo lo que había hecho por la gente del pueblo. Pero se guardaba un secreto, algo que le había encargado su abuela y que empezó a hacer a raíz de que echasen sal en su huerto. Su muerte iba a ser algo que recordarían en el pueblo mucho tiempo y pensándolo empezó a reírse. Una risa desesperada que hizo que el carcelero golpease la puerta de su celda para hacerla callar.

—Silencio, bruja.

—Puedes hacerme callar ahora, pero hablarás durante mucho tiempo de mí cuando yo no esté —y volvió a reír.

—No intentes engañarme con tus embrujos y calla si no quieres que entre ¿Bruja y ahora loca? Tú mejor fin es la hoguera.

Cilia calló y pasó al llanto recordando a su abuela y cuánto la quería.

—Por ti, yaya —se dijo mientras oía que venían a buscarla.

El corto camino desde la celda a la pira fue un suplicio. La gente le tiro desperdicios y piedras al grito de: bruja, bruja y a la hoguera con ella, por nombrar lo más suave.

Una vez atada a la pira, el ayudante del señor de las tierras dijo: —Está bien bruja ¿Te arrepientes de algo?

—De nada en absoluto —dijo Cilia—, si mis conocimientos son del maligno para vosotros, en verdad merezco la hoguera. Y vosotros ¿os arrepentís por vuestro bien?

—No tenemos que arrepentirnos de nada bruja eres tú la que te has condenado ¡Prended la pira!

Mientras las llamas cobraban fuerza, Cilia volvió a reír: —Os arrepentiréis. Yo os maldigo. Maldigo este pueblo. Los que hayan bebido del pozo del pueblo estas dos últimas lunas morirán sin remedio —y siguió riendo.

—Sigue hablando, bruja ¿Qué maldición has echado al pozo? —le preguntó el ayudante.

—Vuestras heridas no sanarán y se os crearán daños internos irreparables. Llevo envenenando el pozo todo este tiempo. Tú —dijo señalando al herrero— ¿no te curé hace Luna y media una quemadura que no cicatrizaba? ¿Y tú, leñador, qué pasó con tu brazo roto? Todos estáis condenados y conmigo muere la cura —fue lo último que dijo Cilia que murió entre gritos de dolor y risas.